

# MÚSICA EN LAS CALLES

José Luis Vila Leirós  
Universidade de Santiago de Compostela

Sin duda fueron extraordinarios algunos conciertos que tuvimos la oportunidad de disfrutar en fechas recientes en las calles de Santiago de Compostela. Gracias al marco prestado por el festival *Feito a man*, el día 5 de agosto tocaron en una plaza de la ciudad primero el trio gallego de jazz *Sumrrá* y después los rajastanis *Barmer Boys*. La noche resultó inolvidable gracias a la mezcla de jazz y folk hindú aderezada con música sufí y *jams* de *beat-boxing*. Especial atención merecen los *Barmer Boys*. El interlocutor del grupo a duras penas conseguía comunicarse en inglés con el público pero, como se aprecia en los videos del *YouTube*, eso no impidió que desatasen toda una epidemia rítmica, danza del vientre incluida, que acabo contagiando al público presente.

Al día siguiente, en otro rincón de la ciudad, la formación F.I.L.O, otro trio en el que repetía el batería y performer de *Sumrrá*, Luis Alberto Rodríguez (L.A.R.), volvía a provocar los entusiasmos del público con el proyecto de llevar la música al exterior propuesto por *Feito a man*. Aquella tarde se apostó por un extraño híbrido de *free jazz* con *rock* y *noise* que debió servir como irresistible atractivo para que apareciesen por la calle unos despistados *Barmer Boys*. Estos se sentaron a escuchar la música de F.I.L.O hasta que, espontáneamente, fueron invitados a unirse a ellos para improvisar en conjunto. Al hacer la invitación, L.A.R. dijo algo así como «no sabemos lo que va salir ahora, no sabemos lo que va a pasar, y eso es lo bonito, ¿no?». Y lo que sucedió fue un acontecimiento que sigue abrasándome la memoria hoy, una de las experiencias musicales más potentes que he podido presenciar y que apenas fue secundada por una treintena de personas.

Si desde ahora cualquier música intenta encajar con la idea de «fusión» en mi mente ten-

drá que pasar por el tribunal musical de F.I.L.O + los *Barmer Boys*. De hecho, la inserción de los hindús en el *free* anterior generó un cuerpo musical nuevo movido únicamente por complicidades melódicas o rítmicas, de manera que *la improvisada formación improvisaba la forma que formaba*. Y, mientras disfrutaba, la emoción se dibujaba en unos rostros que, por momentos, rozaban las lágrimas.

Hace pocos días, el jueves 10 de septiembre, y en la colaboración generada entre los festivales *WOSINC* y *Curtocircuito*, se pudo asistir a una proyección gratuita de cortos experimentales en la *Plaza de la Quintana*. La gente paseaba en las cercanías de la catedral, pero también en las de una pantalla de la que emanaban, hacia la calle, latigazos de abstracción que provocaban una extraña unión entre tecnología y tradición, entre lo digital y la piedra. Incluso el borracho que pasaba por delante de las proyecciones obstaculizando su visión formaba parte de esta extraña unión, así como lo hacían los turistas desconocedores de la geografía local que seguían sus oídos y encontraban con sus ojos un espectáculo ante el cual demorarse.

El poso de estas experiencias callejeras me recuerda en cierto sentido a *Treme*, la serie de los creadores de *The Wire*. En la misma plasmaron, con una veneración pocas veces igualada en la televisión, la sacralidad de la música en la cultura de Nueva Orleans. Plasmaron la vida que le proporciona a la ciudad, pero también la miseria y la pobreza, el desprecio y la falta de valoración a la que músicos y otros artistas se ven expuestos. Músicos que tienen su hogar en las calles y muchas veces se ven obligados a vivir en ellas, cuyo único reconocimiento son las contadas monedas que caen sobre la funda vacía de un instrumento.



Barmer Boys

Así las cosas, tales experiencias, tanto las compostelanas como las de Lousiana, tienen mucho mérito. Digamos que con ellas se consigue algo de lo que normalmente se ve privada la existencia cotidiana, seria, responsable y diurna, sin imágenes extrañas y «sin ruidos» (o, más bien, con aquellos simplemente inevitables): se consigue vida en las calles. Una vida que por motivos y catástrofes varias a día de hoy está seriamente amenazada.

Casi no se perciben las consecuencias que puede tener para una ciudad el enfriamiento de sus calles y sus locales, la muerte lenta que comienza a acaecer el día en que estos dejan de ser lugares de celebración colectiva. En la serie *Treme* asistimos a las constantes agresiones de los músicos por parte de la policía de Nueva Orleans y, salvando las distancias, en Santiago de Compostela hace poco que se aprobó una normativa municipal según la cual no se pueden dar conciertos en ningún lugar sin permiso expreso del gobierno local. De manera que, poco a poco, remite la alegría musical en pos de una supuesta altisonante «salud pública» que tiene poco de pública (no hay lugar más público que

la calle) y mucho menos de salud. En definitiva, cabe lamentarse de que no se perciban los riesgos de una interpretación casposa del «bienestar», interpretación que está mucho más cerca de una moral puritana que del necesario fomento de la sociabilidad por parte de los poderes públicos.

Hay quien se queja del «ruido» en las calles y, muchas veces, lo hace quien quiere estar a gusto en casa, quien quiere que el afuera permanezca en silencio. Ningún lugar en el que estar tan cómodo como el hogar aunque en muchas ocasiones se esté aburrido. No es que la calle no pueda ser también aburrida o molesta, pero en ella se incrementan las probabilidades de un encuentro incierto, de una pantalla, de una improvisación... ¿Qué importancia tiene estar cerca de tales acontecimientos, de tales desconocidos y de lo desconocido? No solo se trata de música, festivales, folklore y videos, sino de algo que alcanza a la comunidad y la involucra en una cultura y en su arte. ¿Qué podemos esperar de todo ello si no solo no queremos vivir la calle, sino tampoco que otros la vivan? *¿Qué esperar si no sabemos ponerle música a la vida?*